

Serafín BÉJAR, *Cristología y donación. Ha aparecido la gracia de Dios* (Presencia Teológica 312), Santander, Sal Terrae, 2024, 383 pp. 26,60 €. ISBN 978-84-293-3194-3.

El lector encontrará en *Cristología y donación*, del profesor S. Béjar, una interesante y actual lectura fenomenológica de la cristología, sólidamente construida sobre un buen fundamento bibliográfico. En el prefacio se explica con bastante claridad la intención de la obra: los desplazamientos que caracterizan el pensamiento contemporáneo (del ser al aparecer, del sujeto constituyente al sujeto constituido, de la verdad como esencia a la verdad como desvelación, del predominio de lo espiritual al predominio de lo carnal, de una visión apática de Dios a una comprensión *patética*) justifican la apertura de la teología a la fenomenología y el intento de expresar con categorías fenomenológicas las principales afirmaciones teológicas. Por eso, en *Cristología y donación* se realiza “una trasposición de los moldes propios de esta fenomenología de la donación a los contenidos fundamentales de la cristología” (p. 15), tomando como punto de apoyo para este encuentro la categoría fenomenológica de “donación”.

Después del prólogo, siguen once capítulos y un epílogo en los que la lectura fenomenológica viene a complementar una lograda síntesis de las principales adquisiciones académicas en el ámbito de la cristología. Aunque el libro no está dividido en partes, pueden distinguirse dos: una primera, en la que esta lectura sigue el esquema del ciclo de la donación descrito por J. L. Marion, a saber: donación, donador, don y donatario (hasta el capítulo 5), y una segunda, en la que se complementa la síntesis teológica con aportaciones de la fenomenología.

Antes de entrar de lleno en el diálogo cristología-fenomenología, el autor sintetiza en el capítulo primero las principales claves de la investigación histórica sobre Jesús, que constituyen una de las preguntas esenciales de la cristología contemporánea. Los estudiantes de cristología encontrarán en estas páginas un excelente resumen de la conocida como búsqueda del Jesús histórico, aunque el objetivo de este primer capítulo es mostrar que es imposible separar la narración de los acontecimientos de la interpretación que les da sentido, lo

que conduce a la pregunta por la credibilidad de las interpretaciones. Es lógico que la obra se abra con estas reflexiones introductorias, puesto que lo que se va a proponer, en definitiva, es una interpretación de la narración evangélica con la ayuda de los conceptos fenomenológicos.

El capítulo segundo tiene también carácter introductorio. En él, con la ayuda del concepto fenomenológico de *deuda* (la existencia como deuda en M. Heidegger o en W. Benjamin) se explican la religiosidad propia del Antiguo Testamento y las instituciones del Templo y la Ley. En esta clave habría que entender la llamada del Bautista a la conversión: “la lógica de la deuda otorga un protagonismo destacable al ser humano. El Dios de la retribución deposita toda la carga de responsabilidad en los hombros del ser humano y en su capacidad de actuación” (pp. 75-76). El protagonismo de la deuda en la predicación del Bautista hace que resalte aún más la novedad de Jesús, caracterizada por la oferta de la salvación como donación.

El capítulo tercero, titulado “El Reino”, da cuenta ampliamente de lo que pretende este estudio. En la categoría fenomenológica de “donación” se encuentra una plantilla para comprender adecuadamente la predicación del Reino en toda su amplitud: “la convicción de que hay una realidad que se nos otorga como regalo, más allá de nosotros y de nuestros méritos para conseguirla, aparece de modo reseñable en la predicación de Jesús” (p. 98). El concepto de donación sirve también al autor para estudiar la inclusión de la pneumatología en la cristología: la distinción fenomenológica entre donación y don permite comprender en su unidad y distinción la presencia de Jesús como don y la acción del Espíritu como donación.

El capítulo cuarto se dedica a la consideración del donante, que es el Padre. Se ofrece una síntesis de las afirmaciones más asumidas sobre la paternidad de Dios y su manifestación en las parábolas y en la oración de Jesús. Para el autor, la comprensión cristiana de Dios queda mejor justificada con un tratamiento fenomenológico: “una fenomenología esencialista tiene serias dificultades para dar razón de una de las características fundamentales de Dios: la retracción. La fenomenología de la donación ayuda a expresar de un modo más decidido

la dinámica misma de la revelación, que, por definición, nos habla de un juego de manifestación y ocultamiento, de presencia y ausencia, de donación en la retracción de la misma" (pp. 108-109). Esta comprensión se conecta con la reflexión sobre la libertad divina y sobre el *ágape* como recepción y simultáneamente posibilidad de donación.

En el capítulo quinto se estudia la condición filial de Jesús con la ayuda del concepto fenomenológico de "fenómeno saturado": se pone de manifiesto así que las dificultades que los contemporáneos de Jesús encontraron para describir su identidad con los títulos que tenían a su disposición (Mesías, Hijo de Dios, Hijo del hombre) se debían a que, en su manifestación en la carne, Jesús desbordaba las expectativas del judaísmo. En su revelación, Jesús cumple las condiciones de los fenómenos saturados: imprevisibilidad, no iteración y carácter absoluto. El último apartado del capítulo quinto se refiere a la figura del donatario, esto es, el ser humano capaz de recibir el don de Dios y al mismo tiempo incapaz de dar una contrapartida; se estudian las posibles figuras del donatario, que son el ingrato, el enemigo, el anónimo y, finalmente y sobre todo, el adonado, capacitado por la donación para entrar en la dinámica del don.

Con el capítulo cinco se cierra una especie de primera parte en la que se ha utilizado el ciclo de la donación como guía de lectura de la cristología. A partir del capítulo seis se profundiza en la comprensión de algunos elementos cristológicos con categorías fenomenológicas. En primer lugar, se reflexiona sobre la muerte de Jesús en cuanto acontecimiento del Padre, en virtud de la dinámica de la donación (aunque el autor señala que hay que evitar el peligro de comprender la donación como categoría totalizante que sirviera para justificar el mal, p. 209). Después, la resurrección de Jesús (cap. 7) como fenómeno de revelación, esto es, como "fenómeno saturado de segundo grado" (p. 247). En tercer lugar, la comprensión de la redención desde la categoría de deuda para abrirla a una comprensión de mayor gratuidad (cap. 8). En cuarto lugar, en el capítulo 9 se estudia la confesión de fe de los primeros cristianos y su evolución en los primeros siglos, hasta llegar a los primeros concilios, y se propone la figura del adonado como posible actualización del dogma de Calcedonia, pues explica la conexión

persona-naturaleza desde la donación recibida, que capacita a su vez para una mayor donación (pp. 312-314). Por último, se utilizan también categorías fenomenológicas para iluminar la libertad de Jesús (cap. 10) y la omnipotencia de Dios y la cuestión del poder (cap. 11).

La actualidad del diálogo fenomenología-cristología tratado en esta obra es indudable. A este esfuerzo por mostrar la interesante apertura de la cristología a la fenomenología se añade el mérito de presentar una síntesis de los grandes axiomas de la cristología contemporánea (lo que, como ya se ha dicho, será de gran utilidad para los estudiantes), de manera que los grandes temas de la cristología contemporánea son resumidos y presentados en una perspectiva que busca ser más integradora, pues busca una lectura nueva de la cristología desde los conceptos fenomenológicos. No existe otro modo de hacer teología que no sea en diálogo con la filosofía de cada tiempo, a la que la fe también contribuye con sus propias aportaciones (cf. pp. 55-56, 96, 208-209). Al final, solo Cristo puede ofrecer la respuesta a la pregunta que viene planteada con la misma existencia humana (cf. p. 170).

Es también muy sugerente la original manera de integrar cristología y pneumatología con la ayuda del concepto “pliegue de la donación” de Marion: “la donación, con su carácter inaparente, permite la aparición de un don. La donación no es lo dado, ya que se retira en ello (...). La donación posibilita la aparición, deja ante nuestros ojos el don, y el don debería finalmente remitirnos de nuevo a la donación” (p. 104). La donación es imagen de la acción del Espíritu que posibilita el don del Hijo encarnado que nos salva.

Más difícil es dirimir la cuestión de la suficiencia de una cristología fenomenológica para explicar la novedad cristiana, sin recurrir a una cristología metafísica (cf. pp. 108-109, 316-317). La pregunta queda abierta. Está aún por ver si metafísica y fenomenología son dos paradigmas alternativos, o si pueden integrarse de algún modo. En cualquier caso, parece que aún no es posible decir que la apertura de la cristología a la fenomenología pueda sustituir a una reflexión metafísica, admitiendo siempre que esta debe moldearse (y hasta reinventarse) desde la revelación.

Se ha dicho que una cristología fenomenológica permite “dar carne” a una cristología metafísica, a partir del estudio de las vivencias de Cristo (Tilliette), su conciencia y sus sentidos (Pagazzi), por ejemplo, que también podrían ser objeto de atención de una perspectiva fenomenológica. Por eso, resulta muy ilusionante el estudio que el autor promete como segunda parte de esta obra, un acercamiento a la manifestación del Hijo en la carne que él denomina “sarcología”, y que será al menos tan interesante como *Cristología y donación*.

Juan Serna Cruz

Instituto de Teología Beato N. Estenaga de Ciudad Real

Ciudad Real, España

juan.sernacruz@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-3430-5684>